

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

El Espíritu de Abbá, que nos arrastra a ser Hijos.

T E X T O S

DEL LIBRO DEL DEUTERONOMIO (4;32-40)

Pregunta, pregunta a los tiempos antiguos, que te han precedido desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra: ¿Hubo jamás desde un extremo a otro del cielo palabra tan grande como ésta? ¿Se oyó semejante? ¿Hay algún pueblo que haya oído, como tú has oído, la voz del Dios vivo hablando desde el fuego, y haya sobrevivido? ¿Algún dios intentó jamás venir a buscarse una nación entre las otras por medio de pruebas, signos, prodigios y guerra, con mano fuerte y brazo extendido, por grandes terrores, como todo lo que el Señor, vuestro Dios, hizo por vosotros en Egipto?

Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón que Yahveh es el único Dios allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro. Guarda los preceptos y los mandamientos que yo te prescribo hoy, para que seas feliz, tú y tus hijos después de ti, y prolongues tus días en el suelo que Yahveh tu Dios te da para siempre.

DE LA CARTA DE PABLO A LOS ROMANOS (8; 14-17)

En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él, para ser también con él glorificados.

DEL EVANGELIO DE MATEO (26; 16-20)

Por su parte, los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y al verle le adoraron; algunos sin embargo dudaron. Jesús se acercó a ellos y les habló así:

« Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo. »

TEMAS Y CONTEXTOS

EL LIBRO DEL DEUTERONOMIO

¿Hay algún pueblo que haya oído, como tú has oído, la voz del Dios vivo hablando desde el fuego, y haya sobrevivido?

¿Algún dios intentó jamás venir a buscarse una nación entre las otras por medio de pruebas, signos, prodigios y guerra, con mano fuerte y brazo extendido, por grandes terrores, como todo lo que el Señor, vuestro Dios, hizo por vosotros en Egipto?

Espantosa identificación de Dios con el terror, la guerra y la muerte. Espantosa apropiación de Dios, que salva a su pueblo matando egipcios.

Es un texto espeluznante, en el que aparece muy bien toda la provisionalidad e imperfección del Antiguo Testamento, y muestra que la mejor palabra de Jesús sobre él es "el vino nuevo rompe los odres viejos".

No es éste el Dios de Jesús, ni somos un pueblo elegido excluyendo a otros, ni la guerra es obra ni manifestación de Dios, sino del pecado. Me parece que este texto no debe leerse en la Eucaristía.

Para sustituirlo, propongo:

Del libro primero de los reyes (19: 3-13)

Elías tuvo miedo, se levantó y se fue para salvar su vida. Llegó a Berseba de Judá y dejó allí a su criado. El caminó por el desierto una jornada de camino, y fue a sentarse bajo una retama. Se deseó la muerte y dijo: Basta ya, Señor! Toma mi vida, porque no soy mejor que mis padres! Se acostó y se durmió bajo una retama, pero un ángel le tocó y le dijo: Levántate y come. Miró y vio a su cabecera una torta cocida sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió y bebió y se volvió a acostar. Volvió segunda vez el ángel del Señor, le tocó y le dijo: Levántate y come, porque el camino es demasiado largo para ti. Se levantó, comió y bebió, y con la fuerza de aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el Horeb. Allí entró en la cueva, y pasó en ella la noche. Le fue dirigida la palabra del Señor, que le dijo: ¿Qué, haces aquí Elías? El dijo: Ardo en celo por el Señor, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela. Le dijo: Sal y ponte en el monte ante el Señor. Y he aquí que el Señor pasaba. Hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebrantaba las rocas ante el Señor; pero no estaba el Señor en el huracán. Después del huracán, un temblor de tierra; pero no estaba el Señor en el temblor. |Después del temblor, fuego, pero no estaba el Señor en el fuego. Después del fuego, el susurro de una brisa suave. Al oírlo Elías, cubrió su rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la cueva.

Este texto nos permite hablar del cambio de Dios: del huracán y el fuego a la brisa suave. Del Dios terrible a Abbá.

LA CARTA DE PABLO

Es una hermosa síntesis de nuestro conocimiento de Dios. El Padre - el Hijo - el Espíritu. El "Espíritu de Dios" alienta en nosotros. Es el Espíritu enviado por el Padre, el que nos hace hijos como Hijo es Jesús. Merece la pena atender a la palabra "adoptivos". Es demasiado evidente que Pablo se mueve en el campo de los símbolos, no de las realidades. No somos hijos de otro, adoptados por Dios, no se está hablando de quién nos engendró. Se está subrayando la diferencia entre Jesús y nosotros, utilizando el símbolo de hijo natural - hijo adoptivo. El símbolo puede parecernos más o menos acertado, pero es fundamental no salirse del campo de lo simbólico, de la metáfora, no sacar conclusiones de tipo objetivo como si se dogmatizase sobre la "generación" de Jesús y la nuestra.

Y el evangelio completa el mensaje con la Misión, la misión de los hijos, la Misión del Hijo: salvar al mundo por el anuncio de la Buena Noticia.

DEL EVANGELIO DE MATEO

El texto se aleja mucho del género histórico. Esta "despedida de Jesús" se sitúa en un monte de Galilea (mientras Marcos y Lucas la sitúan en Jerusalén y el segundo final de Juan la presenta en el lago). Estas discrepancias muestran claramente que predomina el género teológico sobre el histórico, y que lo que importa no es el suceso (por otra parte irreconstruible) sino el mensaje, que es, evidentemente, la misión.

Así pues, el texto se sitúa en este domingo por su final: la misión en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu. Aunque es muy posible que esta fórmula trinitaria haya sido añadida al evangelio de Mateo posteriormente, la iglesia la ha aceptado desde tiempos muy antiguos y la ha recibido como parte del mismo evangelio.

REFLEXIÓN

A lo largo de su historia, la humanidad se ha situado ante la divinidad en una doble situación: por una parte, la curiosidad, la necesidad de conocer, el irresistible atractivo ante ese desconocido, el mayor de todos los enigmas a los que puede enfrentarse; por otra parte el temor, la conciencia de pequeñez e indefensión ante esa realidad que se entiende ante todo como poder. Ambas vertientes suponen una inaccesibilidad de lo divino: el ser humano lo investiga con sus propias fuerzas y cree descubrir, esporádicamente, sus intervenciones puntuales y frecuentemente temibles.

En esta búsqueda temerosa de la divinidad, Jesús supone un vuelco espectacular. Para los que creen en Jesús, su fe en él supone que es posible conocer a Dios, precisamente en Jesús mismo. El Dios conocido en Jesús no tiene nada de terrible: es una fuerza benéfica, positiva para el ser humano. Y no se manifiesta como lejano e inaccesible, sino como cercano, comunicativo y activo.

Estas tres dimensiones se representan en imágenes: Si Jesús hace visible a Dios es porque es El Hijo, en el cual se muestra cómo es el Padre. El Hijo es así porque "es como su Padre", porque actúa, siente y habla como su Padre. Esta imagen - Padre - no se limita a una connotación de poder, como el paterfamilias todopoderoso de la antigüedad, sino que adquiere la de familiaridad y confianza del niño pequeño respecto a su papá. Y la imagen no concierne solamente a Jesús, sino que debe ser aplicada a la humanidad entera. La aparición de Jesús significa por tanto que el encuentro de Dios y el ser humano no es tanto fruto del esfuerzo del ser humano, sino de la iniciativa de Dios.

Este Dios activo, presente en la historia, se describe también con una imagen: el viento (que traducimos por "espíritu"): una palabra que puede designar lo mismo el viento que agita la naturaleza que el aliento, el soplo vital que hace vivientes a los seres vivos. La historia se entiende como una serie continua de intervenciones de ese Viento de Dios: es él quien mueve a las personas, quien produce efectos benéficos por medio de ellas, para el bien de la totalidad.

Conforme a esta imagen, los evangelistas presentan a Jesús como obra del Espíritu, "un hombre lleno del Espíritu". Ese Espíritu de Dios es el que le hace Hijo, el que le hace consciente de serlo, el que le lleva a hablar de su Padre como quien le conoce, a actuar con el mismo espíritu de su Padre. El Espíritu que se muestra en Jesús le lleva a comunicar, hablar de su Padre, informar, revelar. Y le lleva a actuar, siempre a favor de las personas, curando, liberando. Por eso, Jesús es definido como Hijo y como Palabra. La Iglesia ha ido abandonando el término "Logos" que usa el cuarto evangelio, alejándose de las connotaciones gnósticas del término, que estrictamente interpretado llevaría a la negación tanto de la divinidad como de la humanidad de Jesús, y se ha quedado con "palabra", comunicación de Dios, mensaje de Dios, menos metafísico y más simbólico. Así, Jesús es "el Hijo" o "la Palabra", que son dos preciosas metáforas, antes que interpretaciones metafísicas acerca de la naturaleza divina.

Los que creemos en Jesús hemos descubierto en él cómo es Dios: activo, presente, promotor, positivo. La palabra "Abbá" lo expresa bien: es un padre que engendra por amor y trabaja por sacar adelante a sus hijos. Y esta palabra, en plural, nos define como humanidad: descubrir que somos hijos, descubrir que la humanidad puede realizarse con unos valores muy superiores a la violencia, a la competitividad, a la venganza, incluso muy superiores a la mera justicia. La imagen de una familia, en que el Padre /Madre quiere y es querido, en que los hermanos se siente unidos por un vínculo profundo que les hace quererse, ayudarse, perdonarse

Los que creemos en Jesús hemos descubierto en él la dimensión comunicativa de Dios. El descubrimiento es tan sencillo como radical: hay palabra de Dios. Dios no es un arcano inaccesible. Es un sembrador que continuamente esparce la semilla de la palabra. De la misma manera que no es un ausente, sino una brisa que constantemente refresca, anima, impulsa.

Estas dos imágenes, Palabra y Viento, estaban ya anunciadas, aunque imperfectamente, en el Antiguo Testamento. La plenitud a que las lleva Jesús es, sin embargo, notable. Para el AT, la Palabra se daba algunas veces y a algunos mensajeros elegidos, y el viento soplaba esporádicamente y se dejaba notar en sucesos extraordinarios. Jesús, que habla de Dios con todas las cosas, que la sal y la lámpara, con la levadura y los odres, con el agua y el vino y el pan, descubre la Palabra en todas las cosas, como algo permanente, presente, cotidiano. Jesús, que está atento al Viento, que se deja arrastrar por él, muestra la presencia continua de la acción alentadora de Dios. Jesús ha traído la Estupenda Noticia de Dios como cariño, como guía, como aliento. Creer en Jesús, creerle a Jesús es cambiar de Dios. Y el Dios de Jesús, Padre, Palabra y Viento, es una Estupenda Noticia

Naturalmente, todas estas expresiones no son más que imágenes. Pero es fundamental caer en la cuenta de que Jesús habla en imágenes, es decir, que considera que las imágenes son la mejor manera que tenemos los humanos de comprender a Dios. Lo importante es que no se usan otras imágenes: para hablar de Dios creador no se usa la imagen de un artesano (nosotros diríamos un ingeniero) que fabrica una máquina y puede tirarla si se hace vieja; se usa la imagen del que engendra y saca adelante, movido por el amor. Para hablar de Jesús no se usa la imagen de un Mensajero enviado con poderes de parte de un Rey poderoso: se usa la

imagen de un hijo que anuncia los demás que también lo son, que les dice quién es su Padre. Para hablar de la acción de Dios no se usa la imagen de un rey que dicta órdenes y machaca enemigos; se usa la imagen del viento, del aliento, algo que hace vivir y arrastra.

Dos puntualizaciones finales:

Los que seguimos a Jesús lo entendemos como "La Palabra", no solamente por lo que dice sino **por lo que hace**, por su manera de ser y de vivir. Hasta el punto de que pensamos que en Él podemos conocer a Dios, porque Dios se ha dado a conocer en Él. Por esta razón, cuando hablamos de la Santísima Trinidad decimos que en Jesús hemos descubierto a Dios como Padre, como Palabra, como Viento. Más tarde, y a partir de aquí, muchos pensadores ha ido haciendo cultas elucubraciones sobre las Tres Personas divinas, sobre sus relaciones eternas ... Puede estar muy bien, pero sin perder de vista una referencia: respecto a Dios, nos fiamos de lo que Jesús muestra, de lo que en Jesús vemos. Lo demás no goza de la misma autoridad.

Jesús, al mostrar cómo es Dios, muestra también cómo es el ser humano. Cuando hablamos de Jesús Dios y hombre verdadero, cuando atribuimos al hombre Jesús una condición divina, estamos diciendo algo que no afecta sólo a Jesús sino a la humanidad. Estamos diciendo que el ser humano es capaz de Dios. Estamos diciendo que el ser humano se hace completamente humano cuando "se encuentra" con Dios. Naturalmente, esto, llevado al terreno de los conceptos, de la metafísica, resulta poco menos que inexplicable o ininteligible. Por eso es tan útil – tan necesario – fiarnos de Jesús también en el modo de hablar de estas cosas: con imágenes: encuentro con Dios, llegar a ser hijo, dejarse llevar por el Viento

Para concluir: La Santísima Trinidad nos lleva al corazón de nuestra fe: en Jesús, el Hijo, podemos conocer a Dios, y lo conocemos como Padre, como Palabra y como Viento. Esto cambia nuestra relación con Dios, lo acerca, lo convierte en Alguien en quien se puede confiar. Esto cambia nuestra concepción del ser humano: nos abre una posibilidad, mucho más amplia y atractiva que lo meramente biológico.

Resumiendo: atiende a la Palabra, déjate llevar por el Viento de tu Padre, deja que el Viento y la Palabra te vayan convirtiendo en Hijo.

PARA NUESTRA ORACIÓN

Yo creo sólo en un Dios:
en Abbá, como creía Jesús.
Yo creo que el Todopoderoso
creador del cielo y de la tierra
es como mi madre
y puedo fiarme de él.
Lo creo porque así lo he visto
en Jesús, que se sentía Hijo.

Yo creo que Abbá no está lejos
sino cerca, al lado, dentro de mí,
creo sentir su Aliento
como un Brisa suave que me anima
y me hace más fácil caminar.

Creo que Jesús, más aún que un hombre
es Enviado, Mensajero.
Creo que sus palabras son Palabras de Abbá
Creo que sus acciones son mensajes de Abbá.
Creo que puedo llamar a Jesús
La Palabra presente entre nosotros.

Yo sólo creo en un Dios,
que es Padre, Palabra y Viento
porque creo en Jesús, el Hijo
el hombre lleno del Espíritu de Abbá.